

JOSEP M. RODRÍGUEZ / LAS ISLAS DEL TESORO

Cuando era niño, de una de las paredes de mi habitación colgaba un gran mapa del mundo. Más allá de los nombres exóticos o de los destinos lejanos que tanto gustaban a Pierre Loti o Baudelaire, yo solía quedarme contemplando el azul claro de sus ficticias aguas, que ejercían un extraño poder calmante en mí. Es curiosa la forma en que vuelven a nosotros los recuerdos. Son como grandes submarinos: permanecen ocultos, esperando emerger.

Entro en la cafetería unos minutos antes de la hora acordada. Joan Margarit está sentado a una de las mesas. No me ha visto. Tiene la cabeza inclinada sobre el pequeño cuaderno de tapas oscuras que siempre lleva consigo. Parece que está escribiendo o quizá corrigiendo un poema. Dan ganas de no interrumpirle, de dejarle con la mirada fija en su particular océano.

Me muestra el poema en el que está trabajando. Empieza así: *«Vaig viure a una ciutat on les dones posaven / coixins damunt l'ampit de la finestra oberta / per recolzar-hi el braços. On carrers / amb cases d'estuc rosa baixaven fins al port»*. La ciudad a la que hacen referencia estos versos es Santa Cruz de Tenerife, donde el joven Joan Margarit se trasladó junto a su familia en 1954 (su padre había aceptado un cargo de responsabilidad en la Delegación en Canarias de la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones). «En ningún otro sitio nos acogieron mejor», me confiesa. Y fue precisamente aquel año y en aquella ciudad donde escribiría su primer poema (dedicado a una compañera de clase). Dos años después, el aprendiz de poeta regresa a Barcelona, solo, con el objetivo de preparar su ingreso en la Facultad de Arquitectura. Allí residiría en el número trece de la calle Mestre Nicolau, donde por entonces se ubicaba el Col·legi Major Sant Jordi, que da título a uno de los textos de *Se pierde la señal*. «Pero qué necesarios son aún / los años que viví en ese lugar. / Allí leí a los rusos del siglo diecinueve: / de Chéjov y de Tolstoi aprendí / que nuestra salvación es explicarse: / Conocer el dolor de las palabras». Otra vez el océano: con sus recuerdos submarinos y esas oscuridades que todo escritor debe conocer. Porque de lo contrario le acabará sucediendo como a aquel versificador vulgar y mediocre, del que George Oppen llegó a decir que lo que en realidad le pasaba es que no tenía lo suficiente a la poesía.

La familia Margarit-Consarnau permanece en el archipiélago canario (primero en Tenerife y después en Las Palmas) hasta 1961. Así que durante las vacaciones de verano, y también alguna que otra Navidad, «el hijo pródigo» regresa a casa de sus padres. Retornos de lo vivo lejano a los que Joan Margarit aludirá en la nota que acompaña al poema «Farewell», de *Estación de Francia*, y en el prólogo a *Todos*

LA ISLA MISTERIOSA

Viví en una ciudad en donde las mujeres
ponían almohadones encima del alféizar
para apoyar los brazos.

Y las calles con casas estucadas de rosa
bajaban hasta el puerto.

Hoy las ventanas ya no son las mismas
ni ninguna mujer se apoya en el alféizar.
Nunca se desembarca en los lugares
que aísla la memoria.

Vivo en este país tan familiar y serio
que guarda las cenizas de los que me han amado.
¿Por qué no pudo nunca ser más acogedor?

Y fue en aquella isla, no en mi patria,
donde encontré mi hogar.

Década del Cincuenta. Tenerife.

Es el único sitio de mi vida
al que ahora deseo regresar.

los poemas (1975-2012): «Hacia los viajes por mar, a veces en aquellos barcos blancos de línea regular que tardaban cuatro o cinco días o, si era posible, en algún mercante, pues el pasaje resultaba más económico y se disponía de camarote individual. Se tardaba al menos diez días. Empecé a escribir durante aquellas travesías: fue una primera etapa literaria larga, irregular y complicada». El poema «Invierno del 95» recupera uno de esos viajes: «Esta carta la escribo para alguien / que va en un barco por el norte / de Tenerife, en el cincuenta y siete. / Un muchacho que, desde la baranda, / mira el férreo poniente sobre el mar / y estudia arquitectura en Barcelona, / adonde vuelve ahora». Hace algún tiempo, con motivo del monográfico que le dedicó la revista digital *El coloquio de los perros*, escribí que una de las características de Joan Margarit que más me llamaban la atención era (y lo sigue siendo) su capacidad para entretener pasado, presente y futuro en un

mismo poema. Una caja de Schrödinger donde los tres tiempos suceden a la vez. A la manera, por poner un ejemplo, de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot («*Time present and time past / Are both perhaps present in time future, / And time future contained in time past*»). En «Invierno del 95», la voz, el protagonista del poema se recuerda a sí mismo casi cuarenta años atrás, apoyado en la baranda de un barco mercante, de vuelta a Barcelona, quién sabe si con un libro de Chéjov o de Tolstoi en el bolsillo del abrigo. El poema es una carta imposible que le escribe a aquel muchacho. Y termina así: «El ayer nos espera en el mañana, / va siempre más deprisa que nosotros».

Dirigida por Antonio Jiménez Millán y editada por Ángel Caffarena, la colección Sinera se inaugura en 1991 con la publicación de un cuaderno que recoge cinco poemas del libro *Edad roja*: «Mujer de primavera», «Helena», «De pronto está claro», «Muchacha de madrugada» y un primer texto que, además de abrir la selección, le daba título: *Lilla del tesoro*. Diez versos con los que certificar la nostalgia, la pérdida del paraíso. Por si hubiese alguna duda de dónde está dicho paraíso, Joan Margarit nos trae un mapa en el poema «Farewell»: «A alguien que desde hace mucho tiempo / leyese mis poemas le diría / que mi isla del tesoro tiene nombre, / a ciento ochenta millas de la costa / de transparentes aguas saharianas. / Volcán de lava negra al que ascendían / pequeñas carreteras entre nieblas, / en mi isla se alzaban pueblos blancos / con plazas de balaustres / y un templete neoclásico». Esta es la traducción original, que publicó la editorial Hiperión en 1999. Es importante mencionarlo porque Joan Margarit traduce él mismo sus poemas al castellano —a excepción del libro *Edad roja* y unos pocos poemas de *Los motivos del lobo*— y la aparición de *Todos*



(Continúa en p. 43)



PRECIOS PARA ESPAÑA:
AÑO (12 NÚMEROS): 75 €
AÑO (12 NÚMEROS) ATRASADO: 75 €
NÚMERO NORMAL ATRASADO: 11 €
PRECIO DE ESTE NÚMERO: 11 €

PRECIOS PARA EXTRANJERO (AVIÓN):
AÑO (12 NÚMEROS):
EUROPA: 130 €
AMÉRICA / ÁFRICA: 150 €
RESTO DEL MUNDO: 180 €

INSULA 831
MARZO 2016

44

Realización gráfica e impresión: SAFEKAT, S. L.
Diseño: Enric SATUÉ
Corrección tipográfica: Marisa JAVIERRE



Esta revista recibió una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en 2015.

los poemas (1975-2012) le sirvió para pasar revista a esas traducciones (que en algunos casos llegan a afectar también al original catalán). Uno de los ejemplos más evidentes es, precisamente, el poema «Farewell». De los ciento diez versos de la versión original, a los sesenta y seis de la edición de 2015. Han pasado dieciséis años, es cierto, pero este hecho resulta significativo por dos razones. Primero, por poner de manifiesto cierta tendencia a la concreción, a la exactitud, a la economía verbal que se ha ido haciendo más evidente en su obra con el paso del tiempo. Y en segundo lugar, porque delata inconformismo.

En la línea del Flaubert obsesivo, que corrige sus textos incansablemente, y que incluso cuando sus amigos le aconsejan que quemase *Las tentaciones de san Antonio* él prefirió tomarse su tiempo en trabajarlas y trabajarlas, con paciencia, siendo consciente en todo momento de las limitaciones y carencias de cada página. Tuve la oportunidad de acompañar a Joan Margarit en el proceso de ajuste y perfeccionamiento de sus traducciones. Me sorprendió su constancia y tenacidad. Son muchos los amigos que a lo largo de los años me han pedido opinión sobre un título, un poema, un libro. Margarit es de los pocos que no equivoca el objetivo: a la hora de corregir sabe dejar de lado el ego, sabedor de que en ese momento el único yo que importa es el poema. Por decirlo con el Keats del segundo libro de «Hyperion»: tiene la pasión del tigre, el pensamiento (la inteligencia) del león.

Cernuda recuerda en un poema su «Tierra nativa»: «Todo vuelve otra vez vivo a la mente / irreparable ya con el andar del tiempo, / y su recuerdo ahora me traspasa / el pecho, tal puñal fino y seguro». Un puñal, pero podría ser la navaja de los versos de «Primer amor», de Joan Margarit, en los que recupera la «triste Girona de mis siete años». Varios poemas del escritor catalán recuerdan aquel momento de su vida. Superan en número a aquellos en los que menciona a su Sanauja natal. De hecho, solo hay tres escenarios que tengan más significación que la capital del Gironés. Estos son, obviamente Barcelona (donde el autor ha residido y ha desarrollado su oficio de arquitecto durante años), la pequeña localidad de Forés (en la que suele pasar parte de sus vacaciones y tiempo libre) y Tenerife, una ciudad en la que solo vivió dos años pero de una relevancia capital. «Aquella isla, durante años, fue lo más parecido al paraíso que he tenido nunca» —afirmará en la nota que acompaña al poema «Farewell». No es de extrañar que sea el leitmotiv de poemas como los dos mencionados de *Estación de Francia* o como «La isla del tesoro» de *Edad roja*, «Tenerife» de *Misteriosamente feliz*, «Plaza Príncipe» de *Se pierde la señal...* Y que también se aluda a ella de forma breve, oblicua, en otros. Sirva de ejemplo «Canción de luna gris» de *Aguafuertes*. «Son muchas lunas / de un mal viaje, / pero pagadas / por las felices / lunas románticas / de Tenerife». Cernuda escribe: «Tu sueño y tu recuerdo ¿quién lo olvida, / tierra nativa, más mía cuanto más lejana?». Joan Margarit participa de esa misma nostalgia. Pero a diferencia de Cernuda, el escritor catalán regresará a su isla del tesoro «Cincuenta años después». En un «vuelo nocturno

que llega a Santa Cruz» y que le sirve para revivir «las calles con muy pocas farolas» (las mismas calles de estuco rosa que llegaban hasta el mar) y «las playas de aguas tibias / con la arena de lava». Sin embargo, y aquí es donde se diferencia de Cernuda, Margarit sabe que aquella ciudad no va a estar esperándole. Porque su isla no es en realidad una isla sino un «vertedero sentimental», como se nos dice en el poema «Farewell»: «Mi isla es un vertedero / sentimental en el que ahora busco / los afectos perdidos. Cada verso / de los que he escrito es parte / del mapa del tesoro. / Para alcanzar la costa nuevamente / sería necesario navegar por el tiempo». Al volver cincuenta años después, como le sucedía a su «Ulises en aguas de Ítaca», ya nadie le aguarda. Sus padres ya no están. Ni sus amigos. La ciudad ha cambiado. Así pues, ¿queda algo de aquel paraíso? La respuesta nos la da el propio Margarit al final de poema: «Regresar borra siempre / cualquier vestigio de felicidad».

Cuenta Eliot Weinberger que en la cultura hindú la palabra *Vásana* —literalmente, «aroma»— es un residuo, un resto del karma que conservamos de una vida anterior. Un recuerdo previo a nosotros. Durmiente. De ahí que la lectura de un buen poema que trata sobre una experiencia que no hemos tenido sea capaz de emocionarnos, porque nos conecta con vidas pasadas en las que sí hemos tenido dicha experiencia.

Cuando leo a Joan Margarit algo dentro de mí me dice que estoy leyendo a un gran poeta europeo, como lo fueron Holan, Miłosz o Brodsky. Me he preguntado a menudo qué es lo que le da ese *vásana* o aroma, de qué forma lo consigue. Y la única conclusión a la que he llegado es que él escribe con la biografía a favor. Por supuesto, no hay que ser ingenuo, todo lo que aparece en un poema no es ni tiene por qué haber sucedido. Voltaire habla de «verosimilitud». Pero esa palabra se me encoje y reblandece cuando la acerco a los versos de Joan Margarit. La suya no es solo una poesía creíble. Va mucho más allá. Dice un proverbio chino que una vez capturado el conejo nos olvidamos de la trampa. En los poemas de *Cálculo de estructuras* o *Casa de misericordia* el lector sabe que lo que está leyendo es *verdad*. ¿Pero cómo logra que nos olvidemos del cepo? Creo que la clave está en el punto de partida. La mayoría de los poemas parten de un lugar concreto de su biografía. Ya sea un trayecto en barco desde Tenerife a Barcelona, el viaje a la Maternidad de León para solventar una futura adopción («Hijo en el invierno») o el entierro de su hija Joana («Final»). ¿Quién podría inventarse algo así? Stanislaw Jerzy Lec —otro de esos grandes autores europeos— escribió: «La mía es solo una literatura de circunstancias... de la vida». Estoy convencido de que esa frase la firmaría también Joan Margarit. De ahí que en sus poemas no haya nada que ocultar. Ni detalles, ni fechas, ni nombres propios. Nada. Y entonces uno le recuerda trabajando en su pequeño cuaderno negro y lo comprende: lo que dejamos en el papel se queda a salvo.

J. M. R.—POETA Y CRÍTICO LITERARIO

L'ILLA MISTERIOSA

Vaig viure a una ciutat on les dones posaven coixins damunt l'ampit de la finestra per recolzar-hi els braços. On carrers amb cases d'estucs rosa baixaven fins al port.

Les finestres d'avui són unes altres.
Cap dona no es recolza ja als ampits.
No es pot desembarcar als llocs de la memòria.
Visc en aquest país familiar i greu
on romanen les cendres dels que'm van estimar.
Per què mai no ha pogut ser més acollidor?

Va ser en aquella illa, no aquí, en la meua pàtria,
on vaig sentir-me a casa. Tenerife, anys Cinquanta.
L'únic lloc de la vida on vull tornar.